







# *Como celeste velo*

UNAS FUERON DESPLEGADAS EN  
BATALLAS MEMORABLES; OTRAS  
ONDEARON EN ACTOS CÍVICOS  
TRASCENDENTALES O PRESIDIERON  
ASOCIACIONES PATRIÓTICAS EN EL  
EXTERIOR. AL AMPARO DEL SÍMBO-  
LO DE LA NACIÓN CUBANA, COMO  
CELESTE VELO, FUERON CREADAS  
LAS COLECCIONES DEL MUSEO DE  
LA CIUDAD DE LA HABANA.



Sobre la forma en que nació la bandera cubana pervivieron algunas versiones tenidas como ciertas o, por lo menos, verosímiles. Pero la que en definitiva fue aceptada es la de Cirilo Villaverde, quien, en calidad de testigo presencial, atribuyó el diseño de la insignia al general Narciso López, del cual era secretario personal, en esta carta dirigida en 1873 al director del periódico *La Revolución de Cuba*, que se editaba en Nueva York.

Señor Director de *La Revolución de Cuba*.  
Nueva York, febrero 12, 1873.

Muy Sr. mío:

Haciendo V. una ligera reseña histórica de la bandera cubana en el número 62 de su apreciable periódico, dice entre otras cosas: «Hay quien atribuye su invención al poeta Miguel Tolón, hombre de gran talento y mucho mérito; pero sin duda Gaspar Betancourt Cisneros —*El Lugareño*— fué quien mayor parte tuvo en el trabajo. A imitación de la bandera americana, se escogieron las fajas para representar los Estados, y se determinó que cinco fajas, tres azules y dos blancas, representaran a los cinco Estados en que debía dividirse Cuba».

En todo esto hay varios errores de bulto que conviene rectificar en tiempo por honor de una bandera que es ya el símbolo del heroísmo cubano. Ni en su concepción ni en su dibujo tuvo parte ni arte, como suele decirse, el gran patriota y distinguido escritor Gaspar Betancourt Cisneros, más conocido por el sobrenombre de *El Lugareño*. La concepción de nuestra gloriosa bandera fue exclusiva del ilustre

Narciso López, la ejecución del plan se debió al buen poeta y entusiasta patriota Miguel Teurbe Tolón.

El que esto escribe fue testigo ocular y puede dar testimonio fehaciente de lo ocurrido en torno de una mesa cuadrilonga, en la sala del fondo del segundo piso de una casa de huéspedes, de la calle de Warren, acera del río Norte, entre la calle Church y Collene Place, en los primeros días del mes de junio de 1849. Allí vivía Tolón y allí concurríamos casi todos los desterrados de entonces. El general López, Betancourt, Aniceto Iznaga, Pedro Agüero, Macías, Sánchez Iznaga, Manuel Hernández y otros varios.

Tolón había venido a Nueva York desde agosto del año 1848, para hacerse cargo de la redacción de *La Verdad*, puesto que no quiso aceptar el célebre publicista José Antonio Saco. Su primer cuidado fue darle una forma elegante al periódico cubano, para lo cual dibujó una viñeta, que se hizo grabar y estereotipar, representando la isla de Cuba, tras de cuyas costas septentrionales asomaba el benigno sol de la libertad. Tan graciosa como correcta viñeta llamó la atención de López, quien había precedido a Tolón en su venida

## Primera bandera cubana (1849-1850)

Según consta en la carta arriba reproducida de Cirilo Villaverde, la bandera que en 1849 concibió el general Narciso López (Caracas, 1798 – La Habana, 1851) y, a instancias del mismo, dibujó Miguel Teurbe Tolón, fue cosida por la prima y esposa de este último, Emilia, «no menos filibustera que entusiasta, para regalársela a su autor», o sea, a López.

Mucho antes de que escribiera su célebre novela *Cecilia Valdés o La Loma del Ángel*, Villaverde fue secretario de guerra del líder separatista durante su exilio en Nueva York.<sup>1</sup> Como hombre de confianza de López, el escritor recibió de este la orden de conservar ese modelo original de la que devino —a la postre— enseña nacional, además de que en poder del novelista permaneció la papelería relacionada con la actividad proselitista de su jefe desde que este huyó de Cuba hacia los Estados Unidos, luego del fracaso de la llamada conspiración de la Mina de la Rosa Cubana (1848), en la que estuvo involucrado.

De esa época datan los documentos que, de manos de Narciso Villaverde —hijo de Cirilo—, adquirió el historiador Herminio Portell Vilá y que le sirvieron para escribir la biografía en tres tomos: *Narciso López y su época*.<sup>2</sup> Tras reproducir en el segundo volumen (p. 136) una aclaración que Villaverde plasmó sobre el origen de la bandera en su libro de notas, Portell Vilá alberga dudas de que el primer modelo fuera cosido en 1849, «ya que Emilia Teurbe Tolón se encontraba entonces en Matanzas, después fue arrestada y procesada por los españoles y no fue hasta abril de 1850 que llegó desterrada a Nueva York, según *The Picayne*, de Nueva Orleans, de 1850» (cita 211, en p. 463). O sea: la enseña nacional cubana fue ideada en 1849, pero la confección en lienzo de su primer prototipo por Emilia pudiera datar de 1850, lo cual de alguna manera quedó refrendado al conmemorarse un siglo de su creación, tal y como sugiere el sello aquí mostrado.

En cuanto a cómo se conservó ese estandarte primitivo, la cuestión queda esclarecida por Emilio Roig de Leuchsenring en uno de los artículos que, bajo el epígrafe «En el centenario de la bandera», publicó en 1950. Todo hace indicar que Narciso Villaverde la heredó a la muerte de su padre en 1894 y, de sus manos, la adquirió en 1943 el Fondo Cubano Americano de Socorro a los Aliados, que presidía el doctor Cosme de la Torre, quien la donó ese mismo año al gobierno de la República. Conservada desde entonces en el Palacio Presidencial, hoy Museo de la Revolución, esa primera enseña cubana fue trasladada en junio de 2011 a la Sala de las Banderas del Museo de la Ciudad, uniéndose a los exponentes que inmediatamente le sucedieron, tomándola como modelo.



Sello con la efigie de Emilia Teurbe Tolón, dibujada por el pintor Enrique Caravía especialmente para esta emisión postal. Debajo: tumba donde, desde el 23 de agosto de 2010, descansan los restos de la patriota en la Necrópolis habanera de Colón, adonde fueron repatriados desde Madrid.



<sup>1</sup>En el prólogo a esa novela, Villaverde hace referencia a esa etapa de su vida como «secretario militar del general Narciso López».

<sup>2</sup>El primer tomo fue publicado en 1930; el segundo, en 1952, y el tercero, en 1958.

<sup>3</sup>Emilio Roig de Leuchsenring: «Narciso López crea la bandera revolucionaria y nacional cubana», en revista *Carteles*, 30 de julio de 1950, p. 31.



a este país sólo unos pocos días y se ocupaba en construir una bandera que le sirviese de enseña para guiar las huestes libertadoras en Cuba, cuando allá condujese la formidable expedición de hombres y pertrechos conocida por Round Island. En su salida precipitada de los valles de Manicaragua, dejó abandonados algunos papeles, entre ellos el borrador de una proclama al ejército español, el de la dimisión de su empleo de mariscal de campo, honores y condecoraciones, y sobre todo el rudo boceto de una bandera, con que debió darse el grito de independencia simultáneamente en Trinidad y Cienfuegos, el 28 de junio de 1848.

El tal boceto de bandera, que el que esto escribe vió agregado a la causa de conspiración, preso en la cárcel de La Habana, con los demás principales conjurados, era muy sencillo, pues que se componía de los colores republicanos, combinados en tres fajas horizontales, azul, blanca y roja; imitación lejana de la famosa bandera de Colombia. Pero familiarizado ahora con el pabellón americano, modificó su plan primitivo de bandera cubana, por lo cual, sentado a la mesa antes dicha, en compañía de Manuel Hernández, que después murió desastrosamente en el sitio de Granada, en Nicaragua, del que esto escribe y de algún otro, dijo a Tolón, poco más o menos, las siguientes palabras: «Vamos, señor dibujante, trácenos Vd. su idea de bandera libre de Cuba. Mi idea, agregó tomando un lápiz de manos de Tolón, era ésta, cuando me hallaba en las minas de Manicaragua»; y dibujó la de que acaba de hablarse.

Pero añadió en seguida que debía imitarse en cuanto se pudiera el pabellón americano, porque en su concepto era el más bello de las naciones modernas. No había sino tres colores para escoger; López expresó que las fajas debían ser tres, en representación de los tres departamentos militares en que los españoles dividían la Isla desde 1829; lo que había de discutirse era únicamente la distribución de aquéllas, de la manera más conveniente, a fin de que la imitación no resultara una copia servil de la bandera que se proponía como prototipo. En tal virtud, se decidió que las fajas no fuesen rojas; tampoco que fuesen blancas en campo azul, porque según observó López que, como militar, tenía una gran experiencia, a larga distancia desaparece el color blanco. Hubo, pues, que trazar una faja horizontal en el borde superior para que representara el departamento oriental, otra del mismo ancho en el centro en representación del Camagüey y las Cinco Villas o tierra adentro, y una tercer faja en el borde inferior que estaría por el departamento occidental. Dichas tres fajas en campo blanco, símbolo de la pureza de las intenciones de los republicanos independientes. Ahora bien, ¿sería esto bastante para constituir un pabellón nacional republicano? ¿Qué hacer con el color rojo? Sólo dos formas cabían para presentarlo convenientemente, a saber: el cuadrado y el cuadrilongo, según se acostumbraba en los pabellones

## Primus in Cuba (1850)

La bandera de la estrella solitaria fue enarbolada por primera vez en tierra cubana el 19 de mayo de 1850, en la ciudad de Cárdenas, Matanzas, adonde Narciso López arribó en el vapor *Creole*, al frente de unos 600 hombres armados.

Habiendo zarpado de Nueva Orleans en ese y otros dos buques —el bergantín *Susan Loud* y la barca *Georgiana*—, tal contingente estaba formado por el estado mayor y los regimientos Kentucky, Luisiana y Mississippi, los cuales terminaron uniéndose tras varios percances durante la travesía y, en ese mismo orden, desembarcaron en Cuba a bordo del *Creole*.

No se sabe cuántos estandartes pudieron haber traído consigo.<sup>1</sup> Hasta fecha muy reciente solo se conocía la bandera que trajo el regimiento Kentucky, al mando del coronel O'Hara, la cual mantiene la inscripción *Primus in Cuba* con que este quiso distinguirla. Esa enseña la conservó durante mucho tiempo el matancero Juan Manuel Macías, ayudante de campo de López y uno de los pocos cubanos que integró aquella fallida expedición contra el poder colonial español. Se afirma que dicho estandarte ondeó en Cárdenas desde la salida hasta la puesta de sol, o sea, las 12 horas que esa ciudad estuvo dominada por los separatistas, hasta que se vieron obligados a zarpar de vuelta a los Estados Unidos.

El propio Macías facilitó esa bandera en 1877 para cubrir los restos del ilustre patriota Francisco Vicente Aguilera, mientras estuvieron expuestos en la Casa Consistorial de Nueva York.<sup>2</sup> De manos de los familiares de aquel pasó en 1918 a Mario G. Menocal, entonces presidente de Cuba, quien hizo obsequio de dicha enseña al patriota Manuel Sanguily. En 1944 fue donada por el hijo de este último al Senado de la República y se conservó en su sede: el Capitolio Nacional.

Fue recuperada al crearse la Sala de las Banderas en el Museo de la Ciudad y aquí se expone, junto a otro pequeño ejemplar que, regalado por el coronel O'Hara a Macías, la familia de este último conservó de generación en generación hasta donarla a la Oficina del Historiador de la Ciudad en enero de 2010.

<sup>1</sup>En correspondencia con la carta-testimonio de Villaverde, se afirma que uno de esos estandartes pertenecía al regimiento Luisiana y ondeaba en el mástil del *Susan Loud*, pero no se conserva.

<sup>2</sup>Emilio Roig de Leuchsenring: «...Y el 19 de mayo de 1850 hizo flamear Narciso López en Cárdenas su bandera de la estrella solitaria», en revista *Carteles*, 13 de agosto de 1950, pp. 83-85.



La *Primus in Cuba* flanqueada por la bandera cosida por Emilia Teurbe Tolón (izquierda) y la otra réplica conocida que fue traída a Cárdenas por la expedición de Narciso López.



nacionales. López, que era francmasón, naturalmente optó por el triángulo equilátero, figura geométrica más fuerte y significativa. Pero adoptado el triángulo, como desde luego se adoptó, ¿no pedía la heráldica que se colocara en el centro el ojo de la Providencia? Alguien de los presentes, se cree que Hernández, sugirió la idea, que López combatió con razones de gran peso; recordó la estrella de la bandera primitiva de Texas, y decidió que en el centro del triángulo sólo correspondía poner la estrella de Cuba levantándose sobre un campo de sangre para presidir en la lucha y alumbrar el camino trabajoso y oscuro de la libertad e independencia de la patria aherrojada.

Tolón trasladó al papel con mano hábil el feliz pensamiento del general López, lo iluminó en seguida con los colores republicanos, en el orden requerido, y quedó trazada una hermosa bandera, por más que, como decía el distinguido general Pedro Arismendi, estuviese su combinación en pugna con las reglas de la heráldica. En nada se parece a esta bandera la que flotó en Bayamo y otros sitios de Oriente, el primer semestre del alzamiento cubano, y es además muy defectuosa, por tener blanca la faja más corta superior, y en consecuencia, vista de lejos, resulta una escuadra cuyo brazo más corto lo forma un cuadrado rojo, y el más largo en un listón azul.

Ahora bien: ¿cómo vino a elegirse la bandera de López en el congreso de Guáimaro? Lo único que podemos decir sobre este particular es, que poco antes de ese suceso memorable, se encontró en una caja de hoja de lata, cerrada herméticamente, la bandera de seda que había llevado de aquí el gran patriota Betancourt Cisneros, y que había enterrado en el piso natural de la sala de su casa en la hacienda de Najasa, la última vez que allí estuvo a la vuelta de su larguísimo destierro.

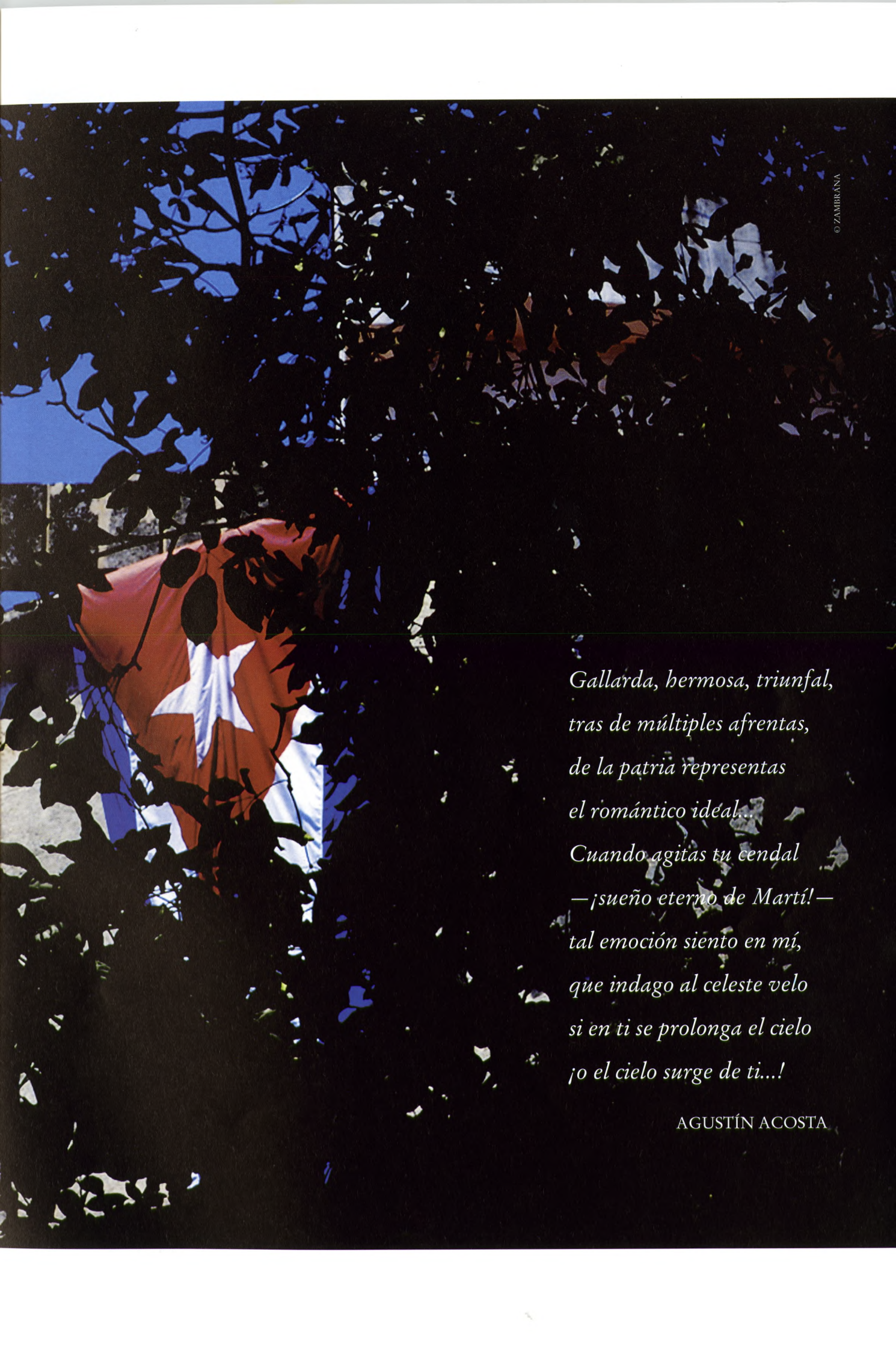
La primera bandera cubana la construyó en esta ciudad una Emilia no menos filibustera que entusiasta, para regalársela a su autor. La primera que flotó públicamente aquí, la izaron el 11 de mayo de 1850 los hermanos Beach, dueños del *Sun*, en lo alto de su oficina, situada entonces en la esquina de abajo que forma la intercepción de la calle de Fulton con la de Nassau, donde ahora se halla la oficina del *Commercial Advertiser*. La que flameó en Cárdenas el 19 de mayo del mismo año, fue presentada al regimiento de Louisiana, por algunas señoritas de Nueva Orleans, entusiastas del general López.

Cirilo Villaverde.

*Publicada en La Revolución de Cuba, el 15 de febrero de 1873, esta carta ha sido aquí reproducida del libro Iniciadores y primeros mártires de la Revolución Cubana, de Vidal Morales y Morales (La Habana, Imprenta Avisador Comercial, 1901, pp. 260-262). Aparece también en La bandera, el escudo y el himno (Academia de la Historia de Cuba, La Habana, 1945), de Enrique Gay-Calbó.*







*Gallarda, hermosa, triunfal,  
tras de múltiples afrentas,  
de la patria representas  
el romántico ideal...*

*Cuando agitas tu cendal  
—¡sueño eterno de Martí!—  
tal emoción siento en mí,  
que indago al celeste velo  
si en ti se prolonga el cielo  
¡o el cielo surge de ti...!*

AGUSTÍN ACOSTA



Publicado en el periódico *Patria*, el 10 de octubre de 1898, cuando se cumplía el 30 aniversario del Grito de La Demajagua, este artículo —con el título de «La bandera de Yara»— fue escrito para la ocasión por Fernando Figueredo Socarrás, quien fuera secretario privado de Carlos Manuel de Céspedes y del Castillo cuando este era Presidente de la República en Armas, primer gobierno independiente cubano. En este testimonio se basaron los historiadores para conjeturar una de las versiones sobre el origen y creación de la bandera enarbolada por Céspedes, el cual optó por una enseña diferente a la de Narciso López al proclamar aquel levantamiento.

Amanecía el día diez. El silencio más profundo reinaba en todas partes. . . La calma tan sólo era interrumpida por el oleaje que, al moverse animado por la brisa del mar, formaba el inmenso océano de caña que se perdía sin horizontes por todas partes; por el aire, que al columpiar majestuosamente las palmeras, susurraba en sus penachos de esmeralda y por los acompasados pasos incesantes, que, cual león enjaulado, daba un hombre en una de las estancias, el dormitorio principal, de la magnífica casa de vivienda del rico ingenio La Demajagua.

Las olas se estrellaban contra las rocas y el pequeño muelle del embarcadero, haciendo saltar en miríadas de perlas la blanca espuma que fabricaban en su incesante batallar...

El mar Caribe, testigo mudo de los crímenes consumados en todas las épocas por la inicua España, desde el descubrimiento y la conquista; desde el aniquilamiento de la raza india; desde la nefanda trata de infelices seres arrancados, sin piedad, a su suelo y a su familia, hasta las incontables iniquidades cometidas con los cubanos a través de cuatro siglos de opresión y tiranía; el mar Caribe, que mugía a los pies de la magnífica finca, ufano, mecía su cristalina superficie y venía mansamente a arrullar la grandiosa escena que allí, en son de protesta, acababa de representarse...

Por doquiera se distinguían grupos de hombres, envueltos en sus capotones o frazadas, teniendo por toda cama la madre tierra y por techumbre la inmensidad de la bóveda celeste, tachonada de estrellas: descansaban, entregados al más profundo sueño, de las fatigas de la noche anterior. En aquella confusión, mezclados entre hombres de todos colores, resaltaban algunos muy conocidos: Masó, Titá, Santisteban, los García Pavón, Emilio Tamayo y otros varios, se entregaban, cual la generalidad, en brazos del sueño. Habían dormido, a pesar de las condiciones de su situación, tranquilos y satisfechos. La noche anterior habían firmado el Acta de Independencia...

Los pasos no cesaban en la alcoba principal. Aquel león no había parado de medir su jaula toda la noche! Cuando el día alboreaba; cuando estimó que la hora había llegado; cuando ya aquellos hombres debieran para siempre romper con la tranquilidad y el descanso, se abrió la puerta y apareció Carlos Manuel con su semblante sereno, magnífico, remedando a Napoleón en aquella media luz, y midiendo la escena con su mirada de águila permitió que una sonrisa animara sus labios. Despertó a sus compañeros de conspi-

ración. «En pie —les dijo— el soldado del deber no debe consentir que la aurora lo sorprenda en la cama». Uno tras otro fueron incorporándose, sin darse cuenta, en su actitud soñolienta, cuándo y de qué manera habrían sido rendidos por la fatiga.

Tres correos se habían despachado a la ciudad a explorar los movimientos del enemigo, en presencia de las escenas de La Demajagua, con instrucciones de que cada uno, por separado, comprase parte de la tela que se necesitaba para fabricar el estandarte que, en nombre de Cuba, debían jurar sus libertadores, allí, en el batey de La Demajagua, y que al iniciarse la campaña debía proteger los soldados de la santa causa.

Cuando se hizo la natural indagación, se averiguó que habían llegado el rojo y el blanco. Faltaba el azul, indispensable para terminar la enseña que habría de representar las aspiraciones del pueblo oprimido. Mientras llegaba el correo con el color, Carlos Manuel, rodeado de un grupo interesantísimo, se esforzaba por dibujar el estandarte que la Revolución redentora habría de levantar. El lápiz pasaba de mano en mano. Era natural que en La Demajagua se enarbolara la misma enseña que tremolara en Cárdenas y que en Las Pozas se bautizara con la sangre de tantos mártires; que el 68 correspondiera al 51, y que Carlos Manuel fuera el vivo espíritu de Narciso López. Todos la conocían, todos la recordaban, y era muy fácil delinearla; pero el lápiz, infiel, pasaba por todas las manos, negándose a ser intérprete de la ansiedad del grupo patriótico, y nadie lograba producir una semejanza siquiera de la ensangrentada enseña: uno le confundía los colores; otro le multiplicaba las franjas; otros. . . en fin, se representaban todas las combinaciones, alrededor de un triángulo estrellado rojo unas veces, como la sangre en que había de empaparse el suelo virgen de la virgen Perla de los mares; azul otro, como el límpido cielo que la envuelve; pero la producción era imposible: la bandera no se concebía.

La hora apremiaba: el sol (¡el sublime sol de la libertad de Cuba!) empezaba a ascender por Oriente: las partidas de patriotas se dibujaban en el horizonte, afluyendo hacia la finca, avisadas por la conciencia del pueblo herido por la tiranía española, y correspondiendo al llamamiento del deber, hasta que, desesperanzados de levantar la enseña de Narciso López, se acordó combinar los tres colores, de la manera más artística posible. Por fin, después de varios ensayos y correcciones, se aprobó el estandarte que, en esa ma-



## Bandera de La Demajagua (1868)

¿Por qué Carlos Manuel de Céspedes y del Castillo, el Padre de la Patria, optó por crear una insignia propia —que recuerda a la bandera de Chile— en lugar de asumir la enseña de Narciso López, como hicieron algunos líderes de anteriores intentos separatistas: Joaquín Agüero, por ejemplo? Para dilucidar esta interrogante, los historiadores conjeturaron dos versiones: una fue dada por José Maceo Verdecia en su libro *Bayamo* (1936), y la otra, por Carlos Manuel Céspedes de Quesada, hijo de aquél,<sup>1</sup> en su obra *Las banderas de Yara y Bayamo* (París, 1929), este último basándose en el testimonio que Fernando Figueredo publicó en el periódico *Patria*, el 10 de octubre de 1898.

Aunque con diferentes matices, ambas versiones redundan en una misma idea: en un inicio el precursor de La Demajagua quiso adoptar la bandera de López, pero no pudo, ya sea «porque como nadie la recordaba con exactitud resultó imposible reproducirla» (Céspedes y Quesada), o porque «ninguno logró dar con la combinación de colores» (Maceo Verdecia). Al retomar el tema con motivo de conmemorarse el centenario de la bandera cubana —que, a fin de cuentas, resultó la de López—, Emilio Roig de Leuchsenring descalifica esas explicaciones, sobre la base de que «posiblemente fueron otras las causas que motivaron el que esta enseña fuese desechada» por quien devino Padre de la Patria.<sup>2</sup>

Para ello, el historiador recurre a la opinión de su homólogo Enrique Gay-Calbó, el cual atribuye la preferencia de Céspedes por la forma de la bandera chilena (aunque con los colores invertidos) al deseo de que el pabellón de los nuevos revolucionarios no evocara los que algunos veían como fracasos de los intentos anteriores. A ello suma, como otra posible causa, la circunstancia de la conocida oferta que, a los patriotas cubanos en el exilio, hizo en 1865 el gobierno de Chile para que estos pudiesen usar su bandera en los buques que armaran para atacar las posesiones españolas en el Caribe.<sup>3</sup>

¿Cuándo la bandera de Céspedes fue confeccionada por primera vez en tela? ¿Quién la cosió? Aunque Figueredo dice que fue al amanecer del propio 10 de octubre, pudo ser el día 9, tal y como afirma Candelaria Acosta Fontaigne, *Cambula*, a la que se atribuye —sin ningún tipo de duda— la confección del estandarte. Será Céspedes y Quesada, en su ya mencionado libro, quien cotejará ambos testimonios, dejando constancia del protagonismo de esa mujer, la cual habría impedido que el líder de la Revolución en Armas rasgara el velo que cubría el retrato de su primera esposa (María del Carmen), ya difunta en ese momento: «—No es necesario. Yo tengo un vestido azul de mi uso (era también celeste) que puedo buscar y utilizar igualmente».<sup>4</sup>

El Padre de la Patria conservó en su poder la bandera de La Demajagua hasta que en 1871 se la envía a su segunda esposa, Ana de Quesada y Loynaz, quien se encontraba deportada en Nueva York, ya para ese momento en estado de sus dos hijos gemelos: Gloria de los Dolores y Carlos Manuel, a quienes su padre nunca llegó a conocer.

Terminada la guerra, la viuda regresa a Cuba trayendo con ella esa insignia, que donó al gobierno cubano el 4 de julio de 1902 durante un acto solemne celebrado en el hotel Pasaje, donde se hospedaba junto a su hijo. Inmediatamente después fue colocada en el salón de la Cámara de Representantes, con sede en el Capitolio Nacional. En la actualidad se encuentra en la Sala de las Banderas del Museo de la Ciudad.

En 1928, tras ser devueltos a Cuba 51 objetos que, llevados a España como trofeos de guerra, eran conservados en el Museo de Artillería de Madrid, fue puesta en duda la autenticidad de esa bandera, al ser confundida con la que realizaron las hijas de



La bandera de La Demajagua en el Museo de la Ciudad.

Perucho Figueredo en su ingenio Las Mangas, en víspera del alzamiento de Bayamo.<sup>5</sup>

Numerosos artículos y libros salieron a la luz para intentar aclarar la situación, entre ellos el de Céspedes y Quesada tantas veces mencionado. El testimonio de *Cambula*, que en ese momento vivía en Santiago de Cuba, fue crucial para aclarar el malentendido.

<sup>1</sup>Fruto del matrimonio de Carlos Manuel de Céspedes y del Castillo con Ana de Quesada y Loynaz, participó en la guerra del 95, donde alcanzó los grados de coronel. Durante la República, fungió como diplomático y en agosto de 1933 asumió la presidencia provisional del país. Fue miembro de la Academia de la Historia.

<sup>2</sup>Emilio Roig de Leuchsenring: «La bandera de La Demajagua», en revista *Carteles*, 27 de agosto de 1950, pp. 61-63.

<sup>3</sup>Gay-Calbó desarrollaría con más amplitud esta tesis en su libro *Los símbolos de la nación cubana* (Sociedad Colombista Panamericana, La Habana, 1958).

<sup>4</sup>Hija del mayoral del ingenio La Demajagua, *Cambula* mantuvo una relación amorosa con Céspedes, de la cual nacieron dos hijos: Carmita y Manuel. Ver Eusebio Leal Spengler: *Carlos Manuel de Céspedes. El Diario Perdido*. Ediciones Boloña, 1998, pp. 282-283.

<sup>5</sup>En su libro (p. 77) Céspedes y Quesada identifica las tres banderas de octubre de 1868: La Demajagua, Las Mangas y el *Te Deum*, esta última cosida por Felicia Marcé.

ñaana memorable, habría de lanzarse al viento, desafiando la cólera de los opresores de Cuba...

Se acordó combinar los tres colores, formando la bandera de dos listas anchas, paralelas, dividiendo el campo superior en rojo, con su estrella, blanca; mientras que el azul ocuparía todo el campo inferior. Pero faltaba el azul. El correo había sido detenido y era imposible terminar la empresa ante aquella dificultad. En presencia de aquel conflicto y en momentos en que las oleadas de patriotas formaban una masa compacta en el batey y alrededor de la finca, Carlos Manuel, herido por una idea salvadora, e impulsado por su ardiente imaginación, se lanza veloz, como el pensamiento, a la sala de recibo: rasga el velo que cubría el magnífico retrato de su esposa, azul como el cielo que en aquel momento confinaba la sublime escena, y aparece, en medio de la multitud, que lo aplaudía, victorioso, más aún, orgulloso, porque su esposa, sonriente, hubiera

concurrido, en el momento salvador, a resolver el difícil problema que los envolvía...

Manos piadosas, manos cubanas, se hacen cargo de los preciosos elementos, se empapan en la idea y momentos después, Carlos Manuel, erecto, con su frente ancha y límpida, que herida por los rayos del sol lucía y brillaba cual bruñido acero, se dirige a su pueblo, con el estandarte en la mano, y allí, ante el lábaro sagrado, se jura en el batey de La Demajagua, en medio de santo alborozo, llenos de indecible entusiasmo, luchar por los derechos de la infeliz cautiva, ser dignos de la libertad, ser independientes. . . ¡o morir en la contienda!

*Al igual que otras fuentes de alto valor testimonial, este artículo fue incluido por Vidal Morales y Morales en Iniciadores y primeros mártires de la Revolución Cubana (pp. 262-264). De allí lo tomó Enrique Gay-Calbó para su libro Los símbolos de la nación cubana (Sociedad Colombista Panamericana, La Habana, 1958).*



Como continuación de los debates en torno al origen y creación de la enseña nacional cubana, una vez publicada en *La Revolución de Cuba* (15 de febrero de 1873) la carta aclaratoria de Cirilo Villaverde sobre la autoría de Narciso López, ese mismo periódico tuvo a bien reproducir esta otra carta, de Manuel Anastasio Aguilera, quien fuera el encargado de entregar la bandera de La Demajagua enviada por Carlos Manuel de Céspedes a su esposa Ana de Quesada, exilada en Nueva York. Aprovecha ese patriota para informar que dicho estandarte se encuentra ya en manos de la «respetable persona que la guarda», así como para adjuntar copia del acta de la sesión de la Cámara de Representantes de la República de Cuba en Armas que, en Guáimaro, el 11 de abril de 1869, dispuso que la bandera de López —enarbolada también por Joaquín Agüero en 1851, en Camagüey— fuese la enseña nacional. Entonces se acordó que la bandera de Céspedes se fijara en la sala de sus sesiones como «una parte del tesoro de la República».

Señor Director de *La Revolución de Cuba*.  
Muy señor mío:

Habiendo leído con el mayor gusto lo que en su apreciable periódico se ha publicado sobre el origen de la bandera cubana, tengo el placer de acompañar a Ud. una copia del acta de la Cámara Constituyente de la República de Cuba, en que se dispone que la referida bandera fuese la nacional; publicada dicha sesión en el *Cubano Libre* correspondiente al 15 de julio de 1869, que tengo a la vista.

Al mismo tiempo tengo la satisfacción de manifestar a Ud. que la primera bandera de nuestra actual revolución, o sea, la que alzó el ilustre Carlos Manuel de Céspedes, se halla depositada en esta ciudad, remitida por el mismo caudillo; habiéndole cabido la honra al que suscribe de ponerla en manos de la respetable persona que la guarda.

Quedo de Ud. Atento S.S.Q.B.S.M.-M.A.Aguilera.

#### ACTA DE LA SESIÓN

En el pueblo libre de Guáimaro, el día 11 del mes de Abril de 1869, á la una de la tarde, se reunieron los ciudadanos Carlos Manuel de Céspedes, Salvador Cisneros, Miguel Gutiérrez, León Rodríguez, Antonio Lorda, Francisco Sánchez, José María Izaguirre, Tranquilino Valdés, Miguel Betancourt, Honorato del Castillo, Antonio Alcalá, Arcadio García, Eduardo Machado, Ignacio Agramonte y Antonio Zambrana, para celebrar la segunda sesión pública de la Cámara Constituyente.

Fueron leídas y aprobadas el acta de la sesión secreta que tuvo lugar el día anterior y de la primera sesión pública.

Concedido el uso de la palabra por el C. Presidente al C. José María Izaguirre, propuso que se alterase el orden en que la Constitución designa el nombre de los estados, y que se estableciera el inverso, fundado en la cronología de la revolución; propuso además que se diera un nuevo nombre al estado de las Villas.

El C. Eduardo Machado propuso que este nombre fuese el de Cubanacán. La Cámara aceptó solamente la primera proposición del C. Izaguirre.

El C. Eduardo Machado hizo uso de la palabra para pedir que se acordase por la Cámara la bandera que debía simbolizar la revolución en toda la Isla, é indicó por su parte, para ese objeto, la bandera que levantaron anteriormente López y Agüero, formada por un triángulo equilátero rojo con estrella blanca de cinco puntas, tres listas azules, y dos blancas. El C. Antonio Lorda convino en la nece-

sidad de establecer una sola bandera, puesto que una es la causa que todos defendemos y uno solo ya el Gobierno de toda la Isla, y propuso que se adoptase en dicha bandera el triángulo azul, en sustitución al rojo, y las listas rojas en sustitución a las azules. El C. Izaguirre apoyó lo propuesto por el C. Lorda, con la variación de que las cinco listas se redujesen á una blanca y otra roja. El C. Castillo pidió que se aceptase la propuesta por el C. Machado, honrada ya con la sangre de muchos valientes y con el martirio de los que la levantaron para defender nuestra independencia. El C. Agramonte hizo uso de la palabra en el mismo sentido, exponiendo que las leyes de la heráldica invocadas por el C. Lorda para que se adoptase el triángulo azul, no debían absolutamente tenerse en cuenta en este caso; las leyes de la heráldica, dijo, arreglaban los blasones y los timbres de los reyes y de los nobles, y la República puede gloriarse en desatenderlas intencionalmente. El C. Céspedes recomendó á la Cámara que no se olvidasen los triunfos de la bandera que se alzó en Yara, ingratitud que sería tan notable como la que los ciudadanos Castillo y Agramonte temían que se cometiera con la de López y Agüero, y que no debían agravarse los títulos adquiridos por el Departamento Oriental. El C. Zambrano usó de la palabra exponiendo que el brazo de los tres departamentos sellando la ventura y la libertad de la patria común, concluyó con los intereses y los sentimientos que los habían dividido, y que todos debían estar de acuerdo al levantar la bandera del cincuenta y uno, porque, según había recomendado el C. Agramonte, era un testimonio glorioso de que los cubanos estaban hace largo tiempo combatiendo la tiranía. La Cámara acordó que se adoptase para toda la Isla la bandera del triángulo rojo. [Aquí siguen otros particulares distintos.]

El C. Zambrano hizo la siguiente proposición que fue aceptada. Que el primer acuerdo de la Cámara de Representantes consistía en disponer que la gloriosa bandera de Bayamo se fije en la sala de sus sesiones y se considere como una parte del tesoro de la República. [Siguen asuntos diversos].

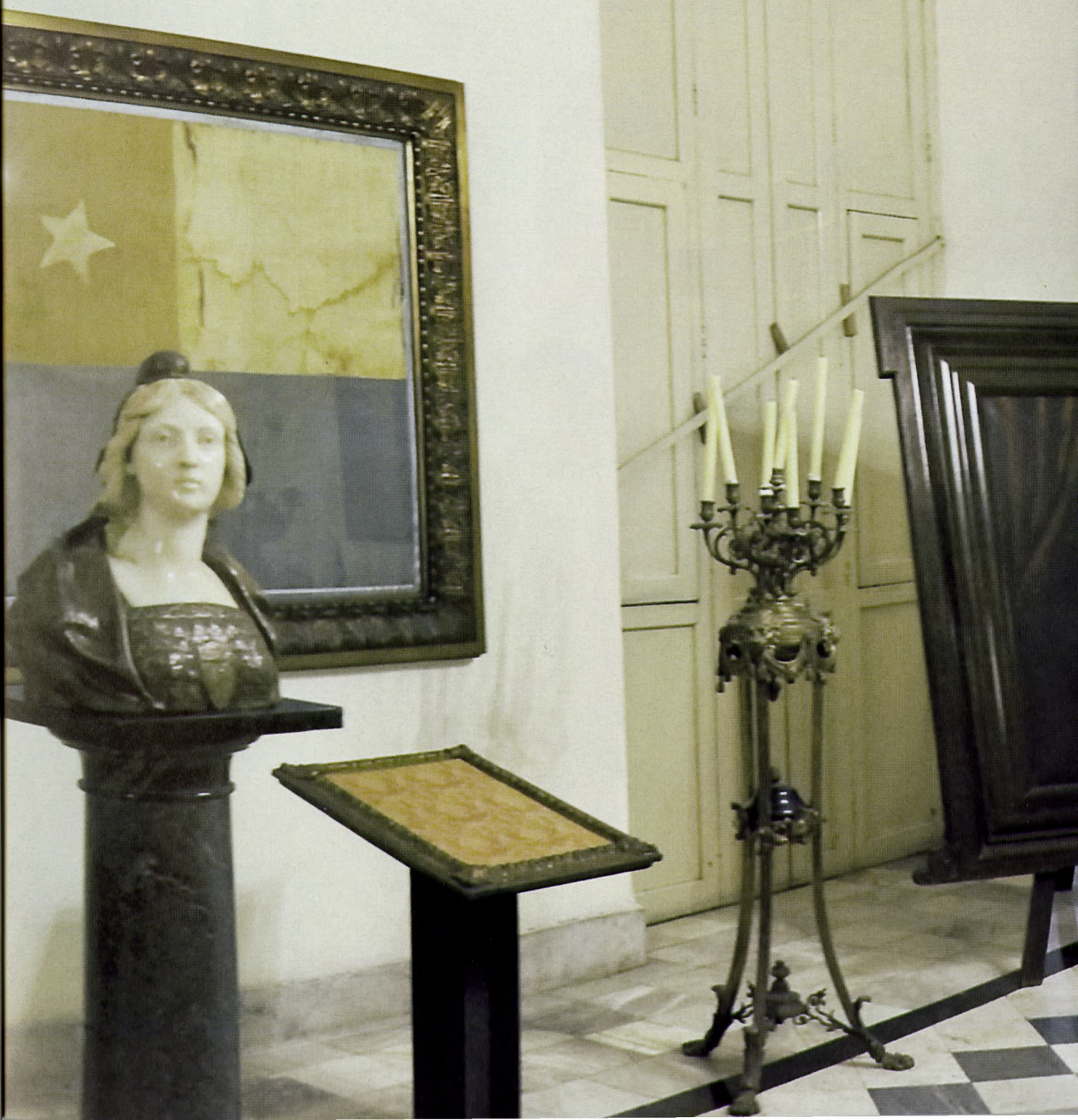
El Presidente de la Cámara cerró la sesión, señalando el día 12 de abril para la solemne investidura del primer magistrado de la República y del General en Jefe.

*La Revolución*, Marzo 1º, de 1873.

Tomado de Iniciadores y primeros mártires de la Revolución Cubana, de Vidal Morales y Morales (pp. 265-266).



Inaugurada en 1970, la Sala de las Banderas del Museo de la Ciudad de La Habana está constituida por dos secciones y, en la primera de ellas, se conservan los prototipos originales de las enseñas cubanas: la de Narciso López (1849-1850) y la de Carlos Manuel de Céspedes (1868), cuyos retratos presiden esa colección.
























Bajo la valiosa colección de banderas cubanas pendientes del techo, en la segunda sección de esta sala pueden ser apreciadas armas y otras pertenencias de Carlos Manuel de Céspedes, Máximo Gómez, Antonio Maceo, Calixto García y José Martí. Entre los cuadros que recrean pasajes y personalidades de las guerras independentistas cubanas contra el dominio colonial español, se destacan los óleos *Panchito Gómez Toro*, de Servando Cabrera Moreno, y *La muerte de Maceo* (1908), de Armando Menocal.

*Este trabajo ha sido elaborado por **ARGEL CALCINES** (editor general de Opus Habana), con la colaboración de Celia María González, miembro del equipo editorial de esta revista. Las fotos en las páginas 4,5,8 y 9 son de Armando Zambrana; el resto, de Jorge García.*